

SANGRE
INTOCABLE

MARIBEL MEDINA

SANGRE INTOCABLE

Un despiadado asesino siembra el terror
en las calles de Benarés



MAEVA

Para Andrés, que dibujó un corazón de tiza en la pared

Los escenarios indios de la novela



«Nos quedamos porque nos enamoramos. Nos vamos porque nos desencantamos. Regresamos porque nos sentimos solos. Morimos porque es inevitable.»

Película *Ordet*
(Director Carl Theodor Dreyer, 1955)

«Quien sana a un paciente pierde un cliente.»

Máxima farmacéutica

Al final del libro se ha incluido un glosario con los términos en hindi que aparecen en la novela.

Kali se presentó ante los demonios, oscura, con colmillos prominentes y un collar de cabezas humanas. Mató a los más débiles con un suspiro y lamió la sangre derramada. Mas el mundo de los hombres tembló cuando apareció el más poderoso de todos los demonios, Raktavija, hecho de sangre y semillas.

Kali rajó a Raktavija con las uñas, pero con cada gota de sangre que caía al suelo nacía un nuevo demonio. Agotada, casi vencida, con el sudor de sus brazos creó dos hombres, a quienes les dio un trozo de tela.

Con ella, los hombres estrangularon un demonio tras otro sin derramar una sola gota de sangre. No se detuvieron hasta dejar un mar de cadáveres a sus pies.

1

Thomas caminaba entre las sombras sucias de la calle desierta. Cerca de él, algunos transeúntes atravesaban la Place du Change callados, con los hombros encorvados, como si sus cuerpos sopor-taran un peso terrible, un oscuro secreto que los aplastaba. Cruzó el puente de La Feuillé, destruido varias veces a lo largo de su historia, primero, por una barcaza que golpeó una de las columnas, después por los bombardeos alemanes. Notó la humedad del río Saona bajo sus pies y aligeró el paso. De repente, se vio sorprendido por el bullicio de la gente, los camiones que descargaban mercancía entre el Quai des Célestins y el Quai Saint-Antoine. Recordó que era sábado y, por lo tanto, día de mercado en Lyon. Contempló la multitud de puestos de frutas y verduras, los de marisco y ostras, de quesos, de pan. Sintió que el estómago le gruñía frente a los tenderetes todavía a medio montar.

El olor del aire frío de la mañana recién estrenada viajaba entre las calles. Una ráfaga gélida hizo que se encogiera en un intento de aplacar su aliento feroz y cortante. Entre las callejuelas, el viento de noviembre se calmó y Thomas respiró con envidia el olor a ciudad dormida, a sábanas tibias envueltas en sueños profundos.

El cadáver se encontraba en el camino Achille Lignon, en un estrecho sendero que se introducía en el parque La Tête d'Or. A un lado, la luz de las sirenas de los coches de policía se reflejaban en el lago creado a partir de un brazo del Ródano. Las aguas devolvían pequeñas olas teñidas del color de la sangre.

Estaba dentro de una gruesa bolsa negra. La cremallera que la cruzaba de arriba abajo estaba curvada en los extremos, adoptando una extraña posición de sonrisa dentada. Thomas se quedó detrás de la cinta que delimitaba la escena del crimen. Unos potentes focos iluminaban el bulto negro. Parecía que se estuviera rodando una

película y que cada uno de los actores supiera a la perfección su papel. Observó que un técnico vestido con un mono blanco introducía las manos del muerto en unas bolsas de plástico y las cerraba con cinta adhesiva alrededor de las muñecas. Mientras, otro técnico tomaba una muestra de sangre del brazo. Unos faros alumbraron la espalda de Thomas, el coche de la funeraria se había acercado y sacaba una camilla de la parte trasera. Se sintió como un mirón, torpe, sin saber muy bien qué hacer. Un hombre vestido de traje con una libreta en la mano se dirigió a él.

–Disculpe, ¿es usted el señor Connors?

Thomas asintió con la cabeza y se metió las manos en los bolsillos de la gabardina.

–Perdone que lo hayamos llamado a una hora tan intempestiva. Soy el inspector Deruelle.

El inspector era un tipo delgado, de semblante pálido, con las mejillas muy marcadas. A Thomas le sorprendió su cabello rubio, parecido al de los surfistas, recogido en una coleta. Una pulsera artesanal de cuero trenzado, en la misma muñeca en la que llevaba un enorme reloj deportivo, contrastaba con el traje de corte impecable. Se estrecharon la mano con gesto adusto.

–No tiene ninguna importancia. Casualmente tengo una reunión dentro de una hora y ya estaba de camino hacia mi trabajo. Lo que no logro adivinar es por qué se me ha llamado.

El inspector anotó la última frase en una libreta.

–Lo sé, lo hemos hablado por teléfono, pero, si no es mucha molestia, me gustaría que viera el cadáver y me dijera si lo reconoce.

La mañana se desperezaba en el horizonte. Los bancos de niebla se esparcían como diminutos mechones de algodón sobre el agua y sobre el césped, brillante aún por el rocío nocturno. Ante ellos se extendía un enorme jardín compuesto de pequeños bosques de árboles gigantes.

Contempló con nerviosismo cómo el agente manipulaba el saco y vio aparecer un rostro pálido y amoratado, la boca entreabierta que dejaba el grito detenido, la mueca de sorpresa grabada para siempre. Se acordó de su hija en el depósito de cadáveres. Su sensación de intranquilidad aumentó al comprobar que esa cara le resultaba familiar.

–Me parece que es un antiguo compañero de colegio –dijo, intentando que su voz sonase calmada–. Si me pregunta si estoy seguro, le diría que no, han pasado muchos años. Me resulta incomprensible verlo aquí, en Lyon, muerto y a pocos metros del edificio de la Interpol, mi lugar de trabajo.

–¿Puede identificarlo?

Thomas permaneció pensativo durante unos instantes hasta que dijo:

–Se llamaba Sean Haggerty, era de Kilconnell.

–¿Dónde queda eso?

–Es un pequeño pueblo de Irlanda.

El inspector lo miraba con el bolígrafo suspendido en el aire, a la espera de más explicaciones.

–Es el pueblo donde nací.

–¿Crecieron juntos, eran amigos de la infancia?

–Nada de eso. Nos conocíamos de vista y alguna vez habíamos compartido algún partido de fútbol o de *hurling*. Poca cosa más.

–¿Lo había vuelto a ver?

Thomas asintió.

–Lo vi de pasada hace cuatro meses, cuando fui a Kilconnell a un entierro.

–¿Habló algo con él?

–No, ni tan siquiera nos saludamos. ¿Puedo saber por qué me ha llamado?

–Cerca del cadáver hemos hallado un USB. Hemos descargado la información en un ordenador portátil y hemos encontrado un único documento. En la parte superior estaban escritos su nombre y su apellido.

–¿Podría ver de qué se trata?

El inspector le mostró una hoja. Thomas reconoció su nombre y varias letras mayúsculas seguidas de números. Echó un vistazo a los primeros códigos.

VNS Z4-1 922318877

VNS Z1-3 910443455

VNS Z4-1 993222145

VNS Z4-1 981003366

—¿Le dice algo esta sucesión de letras y números?

—Absolutamente nada. Siento mucho no poder ayudarle. Pero le aseguro que hace años que no hablaba con esta persona y no alcanzo a entender por qué figura mi nombre. Para mí es un jeroglífico sin ningún sentido.

—¿Ha recibido últimamente alguna llamada extraña? ¿Ha tenido la sensación de que era observado o de que alguien lo seguía?

Contestó de manera negativa a ambas preguntas. El inspector anotó algo en la libreta. Thomas pensó que pronto el entorno se llenaría de curiosos y periodistas. Vio que los técnicos recogían sus útiles de trabajo. Estaban en cuclillas, de espaldas a él, parecían mantener una conversación animada. En un momento dado uno soltó una leve carcajada. No es que sonara aparatosa, más bien fue discreta, pero a Thomas le resultó estridente y fuera de lugar.

—¿Suele ir a trabajar siempre a esta hora? ¿Es normal que lo haga en sábado?

—Los sábados que acudo a trabajar son casos excepcionales; el de hoy lo es, ya que tenemos que preparar un congreso en la India y vamos un poco ajustados de tiempo. —Dio la espalda al cadáver, su visión le impedía concentrarse—. En cuanto a la hora, depende, no tengo un horario fijo de entrada ni de salida. Normalmente no voy tan temprano.

—¿Va andando?

—A veces.

—He leído que vive en la Rue Bombarde; es una larga caminata.

—Últimamente sufro de insomnio, así que me va bien andar para despejar la cabeza, y me gusta ver cómo se despierta la ciudad.

—¿Suele hacer el mismo recorrido?

—En absoluto. Según la hora, el día o el clima. Normalmente, si llueve o voy con retraso, utilizo el coche.

—Por lo que veo, no hay un patrón común, es decir, era imposible prever que usted trabajaría hoy.

—Exacto, a no ser que hubiera llamado a mi secretaria. Pero dudo mucho de que ella le hubiera dado esa información.

—Ahora lo comprobaremos. Por cierto, ¿a qué hora ha salido de su casa esta mañana?

Thomas dudó un instante.

—No lo recuerdo con exactitud, quizá a las cinco y cuarto, más o menos.

—¿Se levantó cuando oyó el despertador? Eso nos daría alguna pista.

—Ya le he comentado que sufro de insomnio, así que no suelo necesitarlo. Fue más tarde de las cinco porque hay un obrador cerca de mi casa y cuando pasé ya estaba abierto.

—¿Está seguro?

—No entiendo qué importancia tiene la hora, pero le puedo decir que sí, estoy seguro. Estaban las luces encendidas, el olor a pan recién hecho invadía la calle. Puede comprobarlo usted cualquier día —inquirió molesto.

—La hora de la muerte ha sido fijada entre las cuatro en punto y las cinco y media. Estamos esperando un primer informe forense que nos indicará la hora con mayor precisión.

Thomas asintió, incómodo; estaba deseando marcharse.

—Si no tiene ninguna pregunta más, me gustaría irme.

El inspector también asintió antes de cerrar la libreta.

—Gracias, señor Connors, nos ha sido de gran ayuda. Comprobaremos si el nombre y el apellido pertenecen a la persona fallecida.

—¿Podría decirme qué ha pasado? —preguntó aterido, subiéndose el cuello de la gabardina.

—Lo siento, pero por ahora solo son conjeturas. Lo único que puedo decirle es que no se trata de una muerte natural. Le voy a dar mi tarjeta por si se acuerda de algo —dijo y sacó una pequeña tarjeta blanca del bolsillo interior de la americana.

—Por curiosidad, ¿quién encontró el cadáver?

—Una chica que estaba haciendo *footing*, aquella que está sentada en las escaleras de la furgoneta.

Thomas echó un vistazo a su izquierda. El vehículo estaba aparcado entre los coches de policía. Vio a la chica, cabizbaja, envuelta en una manta marrón y con una taza entre las manos de la que salía humo. Hablaba con el psicólogo de la Policía, arrodillado frente

a ella. En un momento dado, la chica se puso de pie sin dejar de hablar y la manta que le cubría los hombros resbaló hasta caer al suelo. Quedó al descubierto una camiseta rosa en la que se leía «Guerreras Running». Las miradas de Thomas y la chica se cruzaron durante un instante. Thomas advirtió su miedo y su desconcierto, pero lo peor estaba reflejado en sus ojos: llevaban marcados la cara pálida del muerto. Sintió lástima. Se la imaginó feliz y relajada mientras corría por el parque antes de ir a trabajar. Hubiera querido acercarse, decirle que no se preocupase, que solo se trataba de un mal sueño, que enseguida volvería a correr sin sentir temor, sin pensar en el cadáver tirado entre la maleza; pero no podía mentirle, la realidad era que habían pasado casi cinco meses desde que él reconoció el cadáver de su hija y no existía un día sin que su rostro se le apareciera, ya fuera para saludarlo cuando tomaba un taxi o fuera para desearle buenas noches.

No pudo evitar volver a mirar la bolsa antes de marcharse. Sintió que el frío metálico de la camilla donde estaban colocando el cadáver le guiñaba un ojo. Los enormes troncos de los plataneros custodiaban impasibles al muerto. Se quedó quieto, como quien espera en el andén a que parta el tren y con él la persona que se va.

Los rayos de luz rasgaron la neblina de la ciudad sagrada y tiñeron las paredes de los *ghats* de un ocre intenso. Las embarcaciones desaparecían tras la fina tela de gotas de agua. El humo de las hogueras del crematorio principal ascendía en pequeñas columnas rompiendo la verticalidad del horizonte. Benarés levantaba con parsimonia el manto de quietud y silencio que había reinado durante la noche. Dulal, el superintendente más joven de la comisaría de Chetganj, miró a su novia de soslayo. Le besó el pelo con delicadeza antes de abandonar la habitación y salir a la calle. La tranquilidad de su casa dio paso al tráfico caótico y a una mezcla de olores; el *chapati* y el *chai* mezclados con los del óxido de nitrógeno y de hollín proveniente de los tubos de escape de los vehículos.

Se dirigió hacia el Dashashwamedh Ghat. Desde que se trasladó a Benarés, el paseo matutino hasta los *ghats* se había convertido en

una necesidad. Era como asistir cada día a la proyección de una película irreplicable. Aquella mañana, un grupo de ancianos se despe rezaba, resignados porque la muerte había pasado de largo una noche más, un niño pequeño reclamaba con el llanto el desayuno a su madre, los barberos afilaban las navajas, los astrólogos gritaban su clarividencia y los *sadhus*, ceremoniosos, saludaban al sol.

Dulal bajó con parsimonia la rampa que desembocaba en el río y se paró al comienzo de los escalones. Contempló ensimismado cómo los lavaderos golpeaban las ropas. Se sentó en la postura de Buda. Casi podía tocar el agua con las manos. Estuvo unos segundos con la mente ausente hasta que una barca cargada de turistas regresó a la orilla; uno de ellos le apuntó con el objetivo de la cámara. Molesto, se levantó y se alejó del lugar.

Mientras tanto, no muy lejos de los *ghats*, en el *slum* de Charbhujia Shahid, la luz del sol se filtraba entre los plásticos de la chabola de una familia *dalit* e iluminaba las ropas que colgaban de unos palos que hacían de vigas. Las paredes de la construcción estaban hechas de chapas y tablones, y con el discurrir del tiempo la familia de intocables había acumulado alrededor de la vivienda unos plásticos sobre otros en un intento por taponar una grieta o un agujero y así impedir que la lluvia pertinaz del monzón se colase en el interior. Tres ramas unidas con clavos y recubiertas de un saco de tela constituían la puerta. En la parte superior de la tienda había una gran lona azul envejecida por el sol. Dentro, la limpieza era absoluta. Una sábana separaba el dormitorio del resto. En la esquina más próxima a la puerta se alzaba un altar con una ilustración de Rama, el séptimo avatar de Vishnú. Su aspecto juvenil de piel azul claro, el *dhoti* amarillo, el cabello atado en un moño y su sonrisa hierática, contrastaba con la suciedad del exterior.

Karuna se despertó y se movió despacio. No quería perturbar el descanso de su marido y su hija. El dolor del estómago empeoraba cada día. Apoyó una de las manos en el suelo y con gran esfuerzo se incorporó. Se lavó la cara y las axilas con el agua de un cubo y se ajustó los seis metros del sari verde. Salió fuera de la tienda, recogió dos trozos secos de estiércol de vaca y unos palos y los introdujo en un pequeño horno de arcilla con una chimenea en forma de cuerno.

A esa hora, el frío y la niebla eran sus compañeros. Por un instante aparcó sus quehaceres y se dejó llevar por los retales violetas intercalados entre las chabolas y las montañas de basura. Una niña vestida solo con una camiseta enorme apareció en un montículo. Los mocos le llegaban hasta el mentón. Se entretenía mirando el efecto que producían las gotas al chocar con el agua. Karuna pensó en su propia hija, Tanika. Haría lo posible por que continuara en la escuela y tuviera lo que a ella se le había negado.

La primera vez que Karuna fue a la fábrica de alfombras tenía cinco años. Desconocía que su padre la había vendido para pagar el *paishgee*, un préstamo a cambio de su trabajo. Pronto supo que era una niña esclava, sin derechos ni capacidad para tomar sus propias decisiones. Trabajaba hacinada con otros niños en habitaciones sucias y débilmente iluminadas. Al principio le resultó difícil estar sentada tantas horas. Veía que otros que llevaban más tiempo que ella tenían deformada la columna; a los nueve años su espalda era igual que la de ellos, y eso era bueno, porque no dolía. Sin embargo, su vista empeoró y empezó a respirar con dificultad debido a la exposición al polvo y a la pelusa de la lana en aquel agujero sin ventilación. Trabajaba catorce horas en el telar y a cambio recibía una ración de comida y la posibilidad de dormir sobre una manta, en el suelo, en el mismo lugar donde tejía. Tenía las manos llenas de heridas: era necesario usar un cuchillo afilado para girar los nudos de la alfombra. Cuando se cortaba, debía alejarse del telar para que ninguna gota de sangre tocara los hilos. El patrón acudía solícito; curaba la herida con pegamento y la cauterizaba.

Las manos de Karuna, surcadas de cicatrices, se dedicaban a reproducir los gestos que antes habían repetido los tejedores persas. Procedente de Irán, el *tallim* era un sistema de signos compuesto por una decena de letras y acentos. Era una manera sencilla de transmitir a los obreros analfabetos el color, el número de nudos y el patrón que había que seguir en la confección de la alfombra. Cada acento correspondía a un color, cada punto era un hilo; así hasta completar el dibujo. Karuna empezó con los más simples, una hoja de diez signos. Tener manos pequeñas suponía una ventaja, y ella manejaba los hilos con habilidad. Utilizaba con destreza el *kangi*, el peine de

acero con el que amontonaba los nudos. Sabía que su destino estaba atado a aquel telar pero disfrutaba con las risas de los niños que salían del colegio. Las escuchaba y sonreía a través de los muros de la fábrica. Cada tarde se repetía aquel jolgorio y Karuna lo recibía como un cántico de esperanza. En sus sueños era ella la que estaba al otro lado.

Amortizó la deuda cuando cumplió diez años. El patrón, que no quería perder a una de sus trabajadoras más productivas, llamó a su padre para renegociar el *paishgee*.

—Como sabe, su hija ha saldado la deuda y será libre la semana que viene —le recordó el patrón observando a la niña.

El patrón pertenecía a una casta superior, no solía dirigirse a los *chandalas* a menos que pudiese sacar algo de ellos.

—Su hija destaca entre los demás niños y creo que podemos llegar a un acuerdo.

Karuna estaba en cuclillas en un rincón. Su hermano se había casado, había tenido tres hijos y necesitaba una casa más grande.

—No le hago esta magnífica oferta a cualquiera, solo a los mejores trabajadores —continuó el patrón—. Estoy dispuesto a ofrecerle veinte mil rupias.

El padre de Karuna dudó si pedir algo más, pero su actitud de *chandala* hizo que el pensamiento no durase más que un latido. Movió la cabeza a un lado y a otro. El acuerdo estaba cerrado.

Karuna fue consciente de que la había sacrificado para que su hermano tuviera una vida más cómoda. Quiso llorar, pero el agujero que tenía en el estómago se había tragado las lágrimas; solo se le escapó un sonido lastimoso que la acompañaría los próximos años de su vida.

La niebla desapareció y el sol se estiró en el horizonte. Los ladridos de los perros y el eco de las voces del resto de los *dalits* despertaron a Manju. Era descendiente de un intocable, como su padre, su abuelo y su bisabuelo. Estaban contaminados. Su primer recuerdo de ser un estigmatizado fue cuando el maestro lo sentó al fondo de la clase como si tuviese una enfermedad contagiosa. Nada parecía haber

cambiado con el paso del tiempo, pensó. La cuestión era sobrevivir un día más. Desde que la rueda de un *rickshaw* le pasó por encima de la pierna derecha, la intranquilidad había crecido al mismo ritmo que el dolor. Al principio lo aguantaba, pero con los años su trabajo en las calles lo dejó malherido como un animal inútil. Tenía que proporcionar comida a su familia, pero ese dolor los condenaba a la miseria. Observó a Tanika, cómo estiraba sus elegantes brazos con delicados movimientos. Su mayor temor era por ella. Demasiado bella e inteligente para recoger la basura de la calle como él.

–Mujer, ¿el *chai* está listo? –preguntó sacando la cabeza al exterior.

Karuna salió de su ensoñación y preparó el té con rapidez.

La niña se levantó, se puso una camiseta corta y se enrolló una tela amarilla desgastada que le cubrió la cadera y parte de las piernas. Manju se vistió con una camisa con un bolsillo a la altura del corazón que utilizaba para llenarlo de *bidi* y unos pantalones remendados. Se miró las palmas de las manos y recitó:

Lakshmi vive en la punta de mi palma,
Saraswathi vive en el medio
y Gowri vive en su base.
Así veo mi palma a primera hora de la mañana.

–Hija, tenemos que darnos prisa.

Tanika asintió. Cuando no tenía colegio participaba de la recogida de plásticos.

Los tres bebieron el *chai* tranquilamente. Para Tanika era de los pocos instantes en que veía a su madre, Karuna se dedicaba a barrer las calles hasta el anochecer, así que la niña trataba de tomarlo despacio.

Se fijó en la mano izquierda de su madre: llevaba un anillo en el dedo anular y otro en el índice; las cicatrices contrastaban con el brillo de las pulseras. En la muñeca izquierda, las verdes, que simbolizaban la suerte del matrimonio, y en la derecha, las amarillas, como símbolo de felicidad.

Tanika sabía que no era la mamá más bella de la ciudad pero sí la que tenía el pelo más bonito. Le gustaba hundir su cara entre los cabellos de su madre y quedarse ahí unos segundos, lo justo para tocar con sus labios las finas hebras y aspirar su olor.

Se acabó el té y agarró un saco de tela antes de salir al exterior. La tienda era una de tantas esparcidas por todo el *slum*. Escuchó los sonidos que formaban parte de su vida, como el de la lluvia que golpeaba los plásticos de las tiendas o el de los chillidos de las ratas. De todos ellos, el más repetido era el de la tos seca que provenía de los pulmones podridos por la tuberculosis o el tifo, o por el hollín y los gases de los tubos de escape de los automóviles.

Partieron hacia la ciudad vieja. Después de sortear la basura apilada en las entradas de las tiendas que los *harijans* acumulaban por miedo a que se la robasen, de bordear bidones vacíos, esquivar un sinfín de tubos de plástico negros, restos de chapas oxidadas y de evitar el pequeño canal de agua putrefacta, llegaron a las fronteras del *slum* y se adentraron en las calles más antiguas de la ciudad de la luz. Su padre se paró ante un pequeño templo dedicado a la Madre Tierra y recitó:

Saludos tu consorte de Vishnú,
quien es vestido por océanos
y es adornado bellamente por las montañas.
Perdóname, madre, por poner mis pies sobre ti.

Manju y su hija comenzaron a recoger botellas de plástico, envoltorios de tabaco, bolsas de comida; restos inertes que vendían al peso.

Tanika leía las palabras escritas en los envoltorios, frases que bendecían los productos más vendidos en la India. Se sabía la mayoría de memoria, por eso cuando encontraba alguno desconocido el corazón le daba un vuelco. Esa mañana tuvo suerte y se topó con un envoltorio nuevo, probablemente lo había traído consigo un turista.

—¡Tanika, no te entretengas! —le gritó su padre cuando la vio parada tratando de descifrar el significado de las palabras.

–Padre, he conseguido uno que no tenía, ¿me lo puedo quedar?

–Está bien, pero date prisa, tenemos que acabar antes de que las calles se llenen de gente.

Tanika dobló el plástico y se lo metió dentro de la camiseta. Pasaron entre peregrinos y turistas. Un babuino saltó de tejado en tejado con un trozo de dulce en la boca. Kâmadhenu apareció de improviso con paso lento sabedora de su carácter sagrado y obligó a los transeúntes a pegarse a las paredes. Cuando Manju dificultaba el paso, le golpeaban y lo apartaban con desprecio. A él no le importaba que lo trataran peor que a una vaca, ellas alimentaban a toda la India con la leche, la mantequilla y el yogur, además la orina se empleaba como desinfectante y el estiércol les servía de combustible. Manju, sin embargo, apenas ganaba lo suficiente para dar de comer a su familia.

2

Rose entró en el despacho con las carpetas para el congreso de la India. No contaba con que su jefe hubiera llegado ya, y cuando lo vio los folios se le cayeron. Se puso de rodillas y trató de recoger de la manera más ágil las hojas desperdigadas en la tarima de madera.

—Señor Connors... —balbuceó al levantar la vista. Su mirada se detuvo un instante en las duras líneas del mentón y la boca—, no le esperaba tan pronto.

Sintió que la cara le quemaba y desvió la mirada para disimular su sonrojo.

—Me acaba de llamar la Policía para hacerme unas preguntas. Les he dicho que con mucho gusto los atendería después de la reunión —murmuró confundida.

—Me parece bien, así no iremos retrasados.

Thomas se agachó para ayudarle a recoger unos papeles que aún quedaban en el suelo. Estaban cerca el uno del otro y Rose pudo sentir el aroma que desprendía. Inconscientemente trató de acercarse un poco más a él, pero el pudor le ganó al instinto y al final se apartó.

—¿Sabe de qué se trata? —preguntó.

Recogió rápidamente las dos últimas hojas del suelo. Una de ellas quedó inservible, toda arrugada, hecha una pelota en su mano derecha.

Balbucoó un par de frases sin sentido y salió del despacho.

—No se preocupe, solo son unas preguntas. Perdone, Rose, ¿está bien? —preguntó Thomas mientras iba tras ella con los folios en la mano.

Tampoco a él le había pasado inadvertida la cercanía de Rose. Los labios carnosos pintados de rojo, su insinuante modo de andar, sus formas redondeadas y, sobre todo, el perfume, lo descolocaron un momento, lo justo para desearla.

–Perfectamente, señor Connors –respondió alineando nerviosa los bolígrafos de su mesa.

Sabía que debía dar por buena la respuesta de Rose. Su interés por él traspasaba su rostro, estaba presente en cada pequeño gesto que realizaba cuando se encontraba a su lado. Thomas trataba de ignorarlo, no en vano dominaba el arte de la indiferencia, prefería rozar solo la superficie de los sentimientos, cambiar una conversación y convertirla en banal antes de mostrar a su interlocutor una grieta por la que entrar en él. Sabía que en la vida decir palabras que pesan, poner alma a las palabras, tenía sus consecuencias, y una de ellas era la debilidad. En el mundo en el que se movía no era posible mostrarse vulnerable.

–No debe preocuparse por la Policía. Han hallado un cadáver en el parque y parece ser que esa persona se dirigía aquí con un propósito. Quieren averiguar si en estos días alguien ha llamado al despacho más de lo habitual o si ha notado algo fuera de lo normal –dijo dejando las hojas en la mesa.

Rose ojeó una pequeña libreta cuadrada.

–Alguien ha llamado de manera insistente. Aquí tiene el número. No sé si tendrá algo que ver. –Su voz sonó temerosa.

–¿Ha dejado algún mensaje? –preguntó Thomas pensativo.

–Ninguno.

–Gracias, Rose. Si es tan amable, le agradecería que me trajera un café.

La secretaria se dirigió a la cafetera no sin antes lanzar una mirada furtiva a la alta figura que ya entraba en el despacho.

Thomas marcó el número escrito en la libreta. Notó cómo su dedo temblaba. Reconoció de inmediato a la mujer que respondió al otro lado de la línea.

–¡Caramba, Claire, cuánto tiempo sin oír tu voz! –exclamó aliviado.

Se prometió a sí mismo que olvidaría el incidente del muerto.

–Hola, Thomas, la verdad es que no quería molestarte en el trabajo, pero perdí tu número y... Bueno, no es cierto, cuando me dejaste lo borré del móvil y de mi agenda.

Thomas soltó una carcajada. Enseguida se arrepintió de aquella risa hueca; sonaba falsa, intentaba dar a la conversación el aire despreocupado que en absoluto sentía. Su cabeza permanecía entre la maleza del camino, en aquella bolsa de plástico negra.

—Oye, no seas tonto. Me voy fuera una temporada y deseo despedirme de los amigos.

—¿Y yo estoy incluido en ese club de amigos? —preguntó incrédulo.

—Ajá, y como supongo que estás trabajando, he pensado que podríamos quedar en ese hotel que está muy cerca de la Interpol, el Warwick Reine Astrid.

—¡Claro! ¡Sería estupendo! Podríamos tomar algo y me cuentas esos nuevos planes.

—Yo estaba pensando en otra cosa...

La conversación quedó interrumpida de manera abrupta. Claire, porque esperaba una contestación, y él porque estaba más que sorprendido. En ese momento, Rose entró con el café. Thomas trató de que su tono sonara lo más profesional posible.

—Me parece bien —se oyó decir de repente—. Ahora tengo una reunión importante, pero podríamos quedar a la una. Creo que sobre esa hora habré terminado, si no fuera así, te avisaría.

Rose dejó discretamente la taza humeante sobre una pequeña mesa anexa al escritorio que ocupaba Thomas. Él se lo agradeció con un movimiento afirmativo antes de que ella saliera sin mirarlo.

—Entonces hasta luego. Te mandaré un mensaje con el número de la habitación —dijo Claire, y colgó.

—*D'accord.*

Pasó los brazos por detrás de su cabeza y con un pie giró la silla de despacho hasta que quedó de cara al gran ventanal. La mañana todavía aparecía en penumbra, con los colores difuminados, aplastados por la gasa casi transparente de la niebla. El gris plomizo del cielo se le antojaba opresivo y frío, como si un pintor hubiera sacado sus útiles y hubiera echado cubos de pintura sobre el paisaje dejándolo descolorido y triste. Se acordó de Sean Haggerty. ¿Para qué diablos querría verlo? Sintió un escalofrío al pensar que había sido asesinado cuando se dirigía a ese edificio. Imaginó que en esos

momentos el asesino estaría intentando eliminar su rastro. O quizá andaba por las calles silbando, satisfecho del deber cumplido, o puede que no hiciera nada, simplemente estar tumbado en una cama esperando la llamada del jefe. Tal vez siguiera allí, escondido tras la niebla, contemplando con una sonrisa cómo se llevaban el cadáver en una bolsa de plástico negra.

Thomas tenía frío e inconscientemente se levantó para subir el termostato del despacho. El frío que conservaba desde la niñez no le había abandonado en la edad adulta y se mostraba casi obsesivo con la necesidad de caldear los lugares donde se encontraba. Era bien conocida entre sus compañeros de trabajo su manía por el calor, y lo que para él era la temperatura de confort, para el resto resultaba excesiva. Intentó pensar en algo más agradable. La llamada de Claire, además de sorprenderlo, lo reconfortaba. Asociaba el tiempo en el que había estado con ella a una época más feliz, o por lo menos sin grandes preocupaciones. Eso hacía que, en cierta manera, idealizara esa relación, que transformara a Claire en una compañera perfecta cuando la verdad es que era una mujer cabezota, mimada y consentida. Pero Thomas apreciaba su lado travieso y burlón, muy difícil de hallar en otras parejas que había tenido. El sexo era fabuloso, alegre y despreocupado, sin tabúes que perjudicaran el encuentro sexual. Lo cierto es que necesitaba distraerse y nada mejor que Claire para conseguirlo.

Alentado por las posibilidades de la tarde, se dio la vuelta, tomó el interfono y pidió a Rose que llamara a los diferentes departamentos para que comenzara la reunión. Se quitó la americana, la colgó detrás de la silla y se aflojó la corbata.

—Perdone, Rose, ¿está preparada la videoconferencia de Kiev y Ankara?

—Todo listo.

—Señores, en primer lugar quisiera agradecer su asistencia. Ya sé que es sábado y muchos de ustedes tienen familia, pero el congreso de Bombay se acerca y andamos bastante justos de tiempo.

La mayoría de los once asistentes sonrieron disculpándolo y todos coincidieron en que era parte del oficio.

—El curso de tres días de duración, del 27 al 29 de noviembre, lo hemos organizado en colaboración con la Oficina Central de Investigaciones de la India. Reunirá a unos noventa funcionarios de Policía y de servicios de aduanas y fiscales de todo el país, así como a representantes de Bangladesh, Bután, Nepal y Sri Lanka.

Rose, discreta, asistía a la reunión sentada en una esquina de la enorme mesa. Escuchaba atentamente las explicaciones de Thomas y tomaba notas de cuando en cuando. Necesitaba poner todos sus sentidos alerta, concentrarse para no perder el hilo, ya que a veces, sin ser consciente, su imaginación volaba y la llevaba a fantasías en las que ella era la protagonista y Thomas su acompañante. Así le sucedió en esa ocasión y se obligó a volver a la realidad no sin cierta pereza.

—... El curso cuenta con el apoyo de la Oficina de Patentes y Marcas de Estados Unidos, y con la participación de especialistas en delitos contra la propiedad intelectual procedentes de Australia, Tailandia, Japón y Estados Unidos. Tiene por objeto descubrir y desarticular las redes de delincuencia organizada que se dedican a la fabricación y distribución de productos ilícitos.

Thomas miró las caras de sus colaboradores con satisfacción. Cada uno de ellos realizaba una labor impecable en sus respectivos departamentos.

—Tenemos entre nosotros al jefe de la unidad de la Interpol dedicada a la lucha contra el tráfico de productos ilícitos. Nos explicará la Black Poseidón, una operación desarrollada en Europa del Este y que es una referencia para nosotros.

El señor Newton pasaba de los cincuenta, tenía el cabello canoso y llevaba unas gafas de montura de pasta negra al estilo Cary Grant.

—Gracias, Thomas. En esta operación, que duró todo el mes de mayo, participaron las oficinas centrales de la Interpol en Bielorrusia, Georgia, Moldavia, Turquía y Ucrania, en colaboración con investigadores y con agentes de la Policía Nacional. Se llevaron a cabo unas mil setecientas intervenciones en mercados, establecimientos comerciales, además de puertos y aeropuertos. Contamos con la inestimable ayuda de fiscales, personal de aduanas y especialistas en delitos contra la propiedad intelectual. A raíz de esta

operación, mil cuatrocientas personas fueron detenidas y más de siete millones de artículos decomisados.

Un murmullo de satisfacción recorrió la habitación. Uno de los asistentes comentó:

–Es un número muy alto.

–Exacto. Por ello es necesario obtener un mayor grado de colaboración entre aduanas, organismos locales y Policía, y por supuesto con el sector privado, para dismantelar las redes que están detrás de estos delitos.

–Además –dijo Thomas interrumpiéndolo– tenemos que congratularnos por la decisión que tomó Philip Morris International el mes de junio al donar quince millones de euros durante un plazo de tres años al fondo de la Interpol, a fin de ayudar en la creación de un sólido programa de alcance mundial para combatir el tráfico.

Rose se ausentó un instante para volver a aparecer con un carrito en el que llevaba un refrigerio para los asistentes. La reunión se fue alargando hasta que discutieron todos los puntos necesarios, y la dieron por concluida tras la intervención por videoconferencia de Vasyl Nevolia, jefe de la Oficina Central Nacional de la Interpol en Ucrania y de Rafet Ufuk Önder, jefe de la OCN de Turquía.

Thomas miró la hora, se puso la americana y tomó del perchero la gabardina marrón; llegaba con el tiempo justo a su cita con Claire. Por suerte, el hotel estaba situado a menos de cien metros del edificio de la Interpol. Antes de entrar en el ascensor saludó al inspector Deruelle y a un agente de policía que en ese momento salían del otro.

–¿Alguna novedad? –preguntó con interés.

–Por ahora no. Pero no se preocupe, esto acaba de empezar.

Pero el inspector no le prestaba demasiada atención, estaba más atento a la figura de pelo corto negro y labios rojos que se acercaba.

A Thomas no le pasó desapercibido el ligero brillo en los ojos del hombre; fue un movimiento leve, sin embargo, su pudor posterior le desenmascaró totalmente. Vaya, vaya, pensó, al inspector le gusta Rose. Los presentó y antes de marcharse les sugirió ir a su despacho para que tuvieran más intimidad. Ellos permanecieron ignorantes a la pizca de maldad que contenía su invitación, que Rose aceptó despreocupada.

El día terminaba en el *slum* de Charbhuj Shahid. Karuna había gastado casi toda el agua en fregar los cuencos y pensó que no tendría suficiente para la mañana siguiente. Observó a su marido: miraba al techo y en su cara se reflejaba el mismo gesto de dolor del final de cada jornada. Mientras tanto, su hija se entretenía con el cuaderno del colegio, repetía en voz alta palabras en el idioma de los extranjeros. Dudó si abandonar la seguridad del hogar; la noche era el momento en que merodeaban los perros y las alimañas. En un arranque de valor se puso las sandalias y tomó el bidón de plástico.

—Voy a por agua, ahora vuelvo.

Al pasar por una de las calles se descalzó, era indigna de tocar el suelo que pisaban los elegidos, si no lo hacía se exponía a una paliza, o a la muerte.

El ánimo la acompañó, intacto, pero cuando no hubo más que campo y la luz moribunda se escondió detrás de las lomas, Karuna sintió miedo. Un grupo de babuinos saltó de rama en rama persiguiendo al líder de la manada y sus gritos removieron el silencio.

Karuna escuchó un ruido. Su corazón se aceleró antes de girar la cabeza. No vio a nadie. Avivó el paso y llegó a su destino. Dejó el bidón en el suelo, cogió la cuerda y lo ató con un nudo sencillo. Lo lanzó a la oquedad. El pozo era tan profundo que no se veía el final. Pensó que tenía que darse prisa si no quería encontrarse con los perros salvajes. Se acercó al borde para oír mejor el chapoteo del agua contra el plástico del bidón. Entonces experimentó el temor del que se ve al borde de un precipicio y sufre de vértigo.

Una sombra salió de detrás de los árboles y avanzó con sigilo.

El ruido del bidón al chocar contra las paredes del pozo ahogó cualquier sonido.

La sombra rodeó el cuello de Karuna con un trozo de tela y apretó con fuerza. Ella trató de zafarse moviendo el cuerpo hacia atrás, pero solo consiguió caer de rodillas.

De repente, la sombra escuchó una voz, creyó ver dos figuras que se aproximaban a lo lejos y dejó de apretar.

Karuna, sin conocimiento, se desplomó como un fardo. La sombra sacó una pequeña hacha afilada, la acercó a la cara de la *dalit* y recogió su trofeo. Después empujó el cuerpo al interior del pozo.

El impacto con el agua fue una bofetada en medio del sueño y Karuna recuperó el conocimiento. Un dolor insoportable le quemaba la boca. El sari la mantenía con la cabeza fuera del agua, pero tragaba de manera constante un líquido que parecía brotar de ella misma. Con una mano palpó la pared pero no encontró un saliente donde agarrarse. De repente, con los pies desnudos tocó una raíz sumergida. Se acercó a la pared en un intento desesperado por mantenerse a flote. Puso los pies encima de la raíz pero esta se dobló. La tela comenzó a pesarle y notó cómo la hundía. Asustada, se sujetó con dificultad a las paredes y dio la vuelta al pozo en busca de otra raíz; la encontró, sin embargo, era débil como un junco y no soportó su peso.

Quiso gritar pero no le salió ningún sonido. Golpeó las paredes con la desesperación del que se ve abandonado a su suerte. El eco de sus golpes retumbó en el pozo antes de esparcirse por el exterior.

Fuera, los ruidos de los animales nocturnos se elevaron presos de la excitación.

Tanika encendió la lámpara de aceite.

—¡Papá, despierta! Mamá no ha vuelto.

Manju abrió los ojos y se incorporó trabajosamente. En un estado de duermevela se acordó de que su esposa había salido a por agua. Miró a Tanika, que esperaba unas palabras que la reconfortaran, pero Manju las desconocía porque nadie se las había enseñado. Se quedó inmóvil observándola durante unos segundos. Había heredado la belleza de su madre. Se acordó del primer encuentro con su mujer.

Aquel día le cautivó el hermoso pelo que tenía, el rostro sereno y digno, pero, sobre todo, la profundidad que insinuaban sus ojos. Había soñado con unos ojos como los de Karuna desde que vio en el cine a la actriz Nargis Dutt en la película *Mother India*. Esos ojos se le quedaron grabados. Tenía que hacer todo lo posible para que fuese su esposa.

Desenterró el trapo que contenía los pendientes de oro que su madre le había dejado antes de morir. Los guardaba para comprar

la madera necesaria para su cremación, pero los vendió en un puesto de las afueras de la ciudad. Con parte del dinero contrató a una casamentera; el resto lo utilizó como ofrenda a Lakshmi, la diosa de la buena fortuna; le pidió con todas sus fuerzas que la familia de Karuna aceptase que su hija se casara con él. Pasados dos meses, la diosa le concedió el deseo. Lo que no supo Manju fue que su dicha tuvo que ver más con el grosor de los dedos de Karuna para el manejo del *kangi* y con el resto del dinero que pagó por liberarla del *paish-gee*, que con sus plegarias a la diosa. Esa misma tarde otra niña se sentó en el lugar de Karuna.

Se casaron el día que las cartas astrales marcaron como propicio. Karuna paseó por las calles de la ciudad a lomos de un caballo tan escuálido como ella. Un músico que tocaba una trompeta los acompañaba junto con el séquito que gritaba sus nombres, mientras los conductores de los *rickshaws* hacían sonar las bocinas estrepitosamente.

—¿Dónde está mamá? —preguntó Tanika.

El padre ya se había calzado las sandalias.

—No tardará en llegar; se habrá entretenido.

Pero no aparecía. Se impacientó.

—Voy a buscarla. No tardaré —dijo con cara compungida.

—Mamá es fuerte, ¿verdad, papá?

—Tan fuerte como una roca —le contestó el padre sin pensárselo dos veces.

—¿Puedo acompañarte? —preguntó asustada.

—Quédate aquí. No tardaré —le ordenó mientras agarraba el candil.

Una vez fuera, gritó a viva voz si alguien había visto a su esposa. Varias mujeres salieron de las tiendas.

—¿Qué ha pasado?

—Mi esposa ha salido a por agua y no ha vuelto.

Las mujeres avisaron a sus maridos, que provistos de palos se unieron a Manju en su camino al pozo. Dos perros callejeros corrieron asustados sin entender por qué había tanta gente a esas horas de la noche. Los hombres a duras penas iluminaban el suelo con sus lámparas de aceite. Alguno se separaba de los demás escudriñando una zanja o removiendo la maleza para después volver con el resto.

Al llegar al pozo, las lámparas enfocaron la abertura. La luz no llegaba hasta el fondo y se quedaba colgada en las paredes.

–No se ve nada, habrá que bajar.

El silencio se adueñó del grupo. Nadie quería ofrecerse voluntario.

–Yo lo haré –dijo Manju decidido.

Se descalzó. Le rodearon la cintura con una cuerda y la ataron con un nudo. En su descenso, la cuerda le apretaba las costillas y dificultaba su respiración; las rodillas golpeaban las piedras. Llevaba una linterna en una mano, con la otra intentaba alejarse de las paredes. Las voces del exterior pronto se convirtieron en ecos que retumbaban mientras descendía.

–¿Has llegado al fondo? ¿Ves algo? –le preguntaron desde arriba.

El agua le empapó el pantalón. El frío, el miedo y la oscuridad lo invadieron, pero por encima se impuso una certeza: Karuna estaba muerta.

El agua le llegaba ahora a la cintura. Gritó a los hombres que dejaran de soltar cuerda. Se puso en la boca el mango de la linterna y con las manos libres sondeó el agua negra. No había rastro de ella. Manju respiró aliviado. De repente, uno de sus pies rozó algo suave parecido a un líquen.

–¡Más cuerda! –gritó nervioso.

Manju, como la gran mayoría de los habitantes de la India, no sabía nadar. Sumergió la cabeza y estiró los brazos intentando abarcar todo el espacio posible. Un trozo de tela se le quedó enredado entre los dedos. Tomó aire, volvió a introducir la cabeza en el agua y con ayuda de las manos tiró con fuerza del tejido. Unos dedos le rozaron levemente.

–¡Está aquí! ¡Lanzadme otra cuerda! –vociferó histérico.

Después de varios intentos logró desenredar el sari y amarrar el cuerpo por los hombros. El esfuerzo lo dejó extenuado, pero la excitación hizo que el cansancio durase poco. Karuna se alzó a través de la boca del pozo, que como una luna negra se la tragó. Arriba, las luces deformaron los rostros de los *dalits* que sujetaban el cadáver.

Todavía con la cuerda atada a la cintura, Manju se arrodilló ante su mujer. No supo el tiempo que estuvo inmóvil incapaz de reaccionar.

Un oficial de Policía, con tres divisas en las hombreras, le tocó la espalda con una vara.

—¿Eres el marido?

—Sí—contestó automáticamente mientras seguía mirando la tela que tapaba la cara de Karuna.

—¿Qué ha pasado?—preguntó el policía molesto por haber tenido que desplazarse desde la comisaría de Chowk hasta el pozo.

—Fue a buscar agua y debió de resbalar—dijo Manju con voz extraña, como si sus palabras perteneciesen a otro.

—¡A estas horas y sola! ¿Cómo te explicas tanta sangre?

Manju no le escuchó. Tenía la ropa mojada y tiritaba. No sentía pena, ni dolor, solo frío y un vacío tan grande que no le dejaba pensar con claridad.

El oficial echó un vistazo al cuerpo y acto seguido apartó el sari de la cara con la vara. Un silencio apagó el murmullo del gentío. La mujer tenía la boca abierta, un hueco negro se asomaba en su garganta. Chitán, el oficial de policía, abrió con brusquedad la boca, de la que seguía manando sangre.

—Tendrás que acompañarnos a comisaría—dijo, y agarró a Manju con fuerza por el brazo.

—Pero ¿y mi mujer? ¿Qué será de ella?

—Tú—el oficial señaló a un agente—, quédate aquí hasta que venga el carro y se la lleve.

—¡Déjeme ir! Mi hija me espera en la tienda. ¡Está sola!—gritó Manju desesperado.

Una parte de la multitud permaneció junto al cadáver, cuchicheando; otra, alborotada, acompañó a Manju.

La sombra, satisfecha, se limpiaba las manos escondida en la oscuridad. Con veneración, dobló meticulosamente el pañuelo amarillo y se lo guardó. Entre rezos, se dirigió hacia el *slum*. Aún quedaba mucho trabajo por hacer.